

Carlos Sauras

## Más de médicos

Más pueblos que se quejan de falta de médicos a pesar de concursos y de llamamientos de la administración sanitaria. Protestas recientes de vecinos de las zonas de Fraga, Utrillas, Biescas y El Burgo de Ebro. En Utrillas piden que se complete la plantilla, ya que faltan tres médicos de atención continuada (urgencias), y que se cubran las bajas de médicos cuando están enfermos.

Quejas también del Consejo de Salud de la zona de Biescas-Valle de Tena para que se cubran las plazas vacantes. Piden incentivos para cubrir las zonas rurales. Por ejemplo, puntuación en la bolsa de trabajo, contratos de larga duración o conciliación familiar.

En esos mismos días, Fraga se quejaba de quedarse en su centro con solo dos de los tres pediatras, lo que genera largas listas de espera o la desviación a servicios de urgencias de los hospitales. Una plataforma de madres dice que las renunciaciones de contratados provenían de que la Administración había hecho oídos sordos a las necesidades de los profesionales. Cree la plataforma que la solución pasa por incentivar las plazas periféricas.

Y en El Burgo y Pina de Ebro, más de lo mismo. El Burgo de Ebro, con 1.800 tarjetas sanitarias, solo cuenta con un médico que atiende el consultorio local durante media mañana. En Pina los médicos escribieron a la alcaldesa para mostrar su incapacidad para solucionar la falta de personal, que redundaba en la merma de atención a los vecinos. Hace poco más de un mes la mesa de sanidad aprobó incorporar nuevas zonas a las 29 rurales que ya figuran en el listado de centros de salud de difícil cobertura. Si se observa, esos 37 centros prácticamente cubren al mapa del mundo rural aragonés.

Urgen medidas para fortalecer el sistema sanitario, con un abultado número de interinos y de plazas sin cubrir. Para el sindicato Cemsatse esta situación es consecuencia de «errores estratégicos pasados» que no se han corregido. Por ejemplo, señalan el cerrar el número de plazas en las facultades de Medicina o la escasez de residentes de medicina de Familia, que nutren los centros de salud. Como también, el dejar marchar a los médicos fuera de España una vez formados. Y eso mismo se puede decir del resto de los profesionales sanitarios. Para cubrir las plazas rurales el sindicato médico pide que se convoquen anualmente oposiciones.

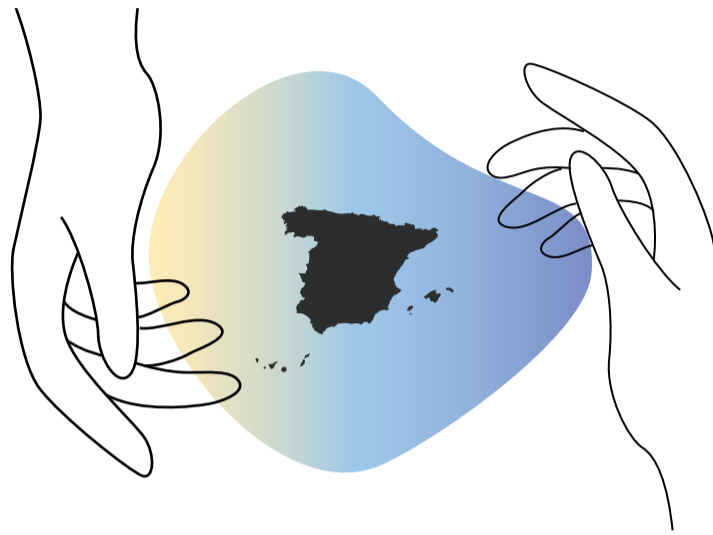
Ángel Cristóbal Montes

## ¿Existe en España lo político común?

En el régimen democrático es natural que se produzca una pugna entre los partidos; pero las fuerzas políticas tienen que mantener el respeto a unos principios comunes

La conformación de un país como Estado, y España lo es desde hace siglos, supone, en el plano político, la existencia de una serie de factores comunes para la mayor parte de la población que en su engarce dan lugar a una estructura que permite la actuación unitaria en las grandes áreas del quehacer político. En una u otra medida pasa igual con uno u otro régimen político, pero es en el democrático donde mejor se patentiza la necesidad y donde se detectan con mayor claridad las quiebras y los peligros que supone la descomposición de los valores prioritarios.

Formalmente, el panorama no debería representar mayor problema. Tenemos una Constitución moderna e innovadora en cuanto a la descentralización política; tenemos los órganos legislativos, ejecutivos y judiciales pertinentes; están presentes las distintas ideologías que mueven el mundo en estos momentos, y contamos con los sujetos políticos partidistas que libran el juego de la disputa del poder y del ejercicio del mismo por uno de ellos o por una coalición a que las elecciones formalmente impecables dieron lugar. ¿Qué es lo que ocurre, pues, para que en el ámbito nacional parez-



LEONARTE

**«Entre nosotros el espacio común se difumina sobremanera y los dictados del juego limpio sufren peligrosos eclipses»**

ca flotar la idea de que no existen espacios comunes, de que no somos capaces de ponernos de acuerdo en lo fundamental, de que la anarquía se impone y de que la permanente confrontación políti-

ca debe ser en todo momento caldo de cultivo de la materia?

Parecería como si los españoles no fuéramos capaces de entender que en democracia hay espacios particulares en los que sus agentes disputan su juego, pugnan por prevalecer y aspiran a alcanzar el triunfo electoral que les permita instrumentar sus políticas, pero que, junto y en indivisible unión con sus espacios particulares, hay un espacio central, una sustancia unitaria y un actor englobador to-

tal en el que todos deben permanecer unidos e identificados. Es lícito que cada partido político persiga sus idearios, pero es también necesario que en todo aquello que afecte a la defensa y continuidad de la esencia democrática, todos los partidos han de presentar frente común y pelear en la misma dirección. Es lo que permitía exclamar al gran Jefferson: «Todos somos federalistas, todos somos republicanos». Ese es el planteamiento político correcto. Por más que los intereses particulares partidistas sean distintos, por más que los diversos partidos peleen entre sí por el triunfo electoral y por más que sus egoísmos prevalezcan a la hora de disputar con otros el reparto de responsabilidades, debe, empero, existir un espacio central intangible, unos intereses superiores indelebles y unas aspiraciones comunes que surgen del espíritu del sistema y confieren carácter unitario a los sujetos implicados en el juego político. Estas notas parecen faltar entre nosotros o ser tan débiles que apenas se notan, por lo que el espacio común se difumina sobremanera y los dictados del juego limpio sufren peligrosos eclipses. Todos deberíamos tener presente que si, como escribe Alain Touraine, «la democracia descansa sobre la responsabilidad de los ciudadanos de un país», estos no pueden realizarla de una manera plena si las fuerzas en liza no ofrecen una plataforma común de coincidencias básicas y demuestran con claridad que hay intereses superiores que sobrepasan las escuetas aspiraciones partidistas.

Antonio López Peláez, catedrático de Trabajo Social de la UNED

## Servicios sociales y políticas del cuidado

La legitimidad de los servicios sociales se resiente cuando se concentran solo en determinados grupos y demandas. La participación es esencial para corregir los sesgos

Para los que nos dedicamos a las profesiones de ayuda, una de las experiencias básicas es el encuentro con el otro, con el usuario, que sobre todo es un ciudadano. Ser ciudadano aquí, en una consulta médica o en los servicios sociales, significa que eres algo más que tu comportamiento, que eres más que lo que haces. Aunque tengas problemas, aunque te equivoques, aunque tengas una limitación, aunque hayas causado o sufrido un daño, sigues siendo ciudadano. Esa experiencia básica de la humanidad del otro emerge en la limitación, en la dificultad, en el error, en la equivocación. Como dirían los clásicos, en la contingencia.

Las políticas del cuidado ponen su acento precisamente en esa fragilidad que nos constituye. Desde el nacimiento, como bebés depen-

dientes, hasta la senectud, como ancianos también dependientes. Eliminar el cuidado, olvidarnos del que depende de nosotros, incluso en una sociedad futura completamente automatizada, nos amputa una experiencia básica, la fragilidad de la vida. Y con ella, nos incapacitamos para desarrollarnos como seres humanos, viviendo en la ilusión de una sociedad de cuerpos y mentes perfectas y a salvo. La covid ha dinamitado esta falsa ilusión de omnipotencia, este falso individualismo perfecto que nos define como consumidores competitivos. Ni somos perfectos, ni estamos a salvo, ni los demás ni nosotros podemos dejar de lado nuestra debilidad (que también nos hace humanos).

En los servicios sociales, nuestro conciudadano es el usuario. Y no podemos estigmatizarlo en

función de nuestras convicciones previas. Pero tampoco podemos dejar que se resigna a ser un mero consumidor de las prestaciones. Al contrario, debemos avanzar en un sistema de codiseño de las prestaciones en el que incluamos a nuestros usuarios. Parafraseando las reflexiones de John Braithwaite sobre la justicia restaurativa, nuestro objetivo es que el usuario también participe en la definición de las políticas del cuidado, generando un proceso de restauración y recuperación que incluya satisfacer sus necesidades, y también reintegrarse en la sociedad, contribuyendo al bien común. La dignidad de nuestros conciudadanos que acuden a los servicios sociales exige que tanto las prestaciones como nuestra intervención profesional se lleven a cabo desde esa pro-

funda convicción sobre su ciudadanía y legitimidad.

Precisamente por respeto a su ciudadanía, sabiendo que todo sistema de prestaciones es parcial, es muy importante que establezcamos un proceso participativo de diseño, intervención y evaluación. De lo contrario, grupos con mayor capacidad de movilización conseguirán que las prestaciones y los servicios se orienten hacia sus demandas, dejando fuera a otros ciudadanos y sus problemas. La legitimidad de los servicios sociales se resiente cuando se concentran solo en determinados grupos y demandas, por mucho que tengan más presencia en la agenda pública. Y la deslegitimación de nuestros sistemas de bienestar se ancla en esa parcialidad que tanto usuarios como la población en general percibe claramente, más que en los discursos teóricos sobre la crisis financiera del Estado del bienestar. Si queremos una sociedad más justa e inclusiva, tenemos que fortalecer las políticas del cuidado. Y la estrategia es clara: fortalecer las dinámicas de participación en el proceso de diseño, puesta en marcha y evaluación de las políticas del cuidado.